



Ilustración: LETRAS LIBRES / Vella Bach

oro

DROR BURSTEIN

La abuela dijo: estas monedas las guardé para ustedes por ¿cuánto?, ¿sesenta, setenta años? Esta es una moneda de dos dólares y medio. Esta de cien pesos mexicanos. Todo oro puro. Lo pronunció mal, en lugar de “oro” dijo “ogo”. Aquí debe haber doscientas onzas. El oro está por las nubes. Cada onza se cotiza en trescientos dólares. El Dorado. Lo compré barato y ahora es de ustedes. Acá tienen también todas mis joyas. Pero estas joyas son de oro y ustedes no lo son, dijo. Este es el anillo de casado de mi primer marido. Al que asesinaron. A tiros. En la cara interna tiene grabada una frase, algo que él solía decir. Ahora es ilegible. Tenía frases estupendas. De cualquier modo, se ve que es oro. La curva del oro sube, ya desde hace años que vengo siguiéndola. Las conservo, estas raras monedas, estas joyas, desde hace sesenta, setenta años. Además, me gusta cómo suena la palabra: joya. Adonde fuera que íbamos, comprábamos oro. Todos sitios tan distintos entre sí, hasta que aparece el oro. Oro es oro. ¿Ves esta cadena? Tiene doscientos años. La cadena, pero el oro, en sí mismo, tiene cientos de millones de años. Hasta que el oro se creó pasó bastante tiempo. No es de un día para el otro. Yo guardo estas monedas de oro desde hace setenta años, pero

es solo la punta del iceberg. “Iceberg.” No hay ningún iceberg. Es solo una expresión. Un témpano de oro. Por qué no. Es lo que vengo guardando. Para ustedes. Y ustedes lo guardarán para después. Este es el cofre. También el cofre es de oro. Mírenlo y después lo guardan para sus hijos, para sus nietos. Al oro le gusta quedarse en la oscuridad. Esperar. “Déjalo esperar, al oro”, solía decir mi primer marido. Le gustaba hablarle al oro. Lo sorprendí más de una vez. Entra al cuarto, apaga la luz, abre el cofre y le hablaba al oro, como si el oro fuera un psicólogo. También yo le hablé al oro, alguna vez.

Al oro no le gusta que lo miren. Al oro le gusta el tiempo. “Oro” y “tiempo” tienen el mismo valor gemátrico,* dijo. Contaba con los dedos para no equivocarse y dijo sí, exacto. A mi primer marido lo asesinaron con el anillo puesto. Lo mataron por culpa del anillo. Te lo debo haber contado mil veces. Pero no consiguieron quitárselo. Lo encontré antes que la policía. Siempre llego antes que la policía. Él alcanzó a susurrar: “Pesía, el anillo.”

No importa. Ahora les dejo todo. En buena hora. El anillo también, por

* La gematría es un método interpretativo cabalístico que, asignando a cada letra hebrea un valor numérico, permite obtener por la suma de sus letras un valor para cada palabra (N. del T.).

supuesto. Los ladrones no pudieron quitárselo y yo se lo saqué sin ningún esfuerzo. En el cementerio, cuando fui para reconocerlo, lo identifiqué por el anillo. Le habían disparado de cerca. Hay muy poco oro en el universo. La mayor parte es helio o hidrógeno. Saben que trabajé en un laboratorio. El oro solo existe en pepitas. Un anillo de helio valdría muy poco. Les digo que el oro es un material bastante raro. ¿Cuánto oro hay en todo el planeta? Quizás logren llenar un edificio completo. No creo que lo logren. Está demasiado disperso, pero a pesar de eso nosotros dos, mi esposo y yo, teníamos un plan para adueñarnos del oro del mundo. De todo. Al que le gusta el oro, lo quiere todo. No quiere que los demás tengan. El oro no es como los diamantes. Los diamantes son piedritas desperdigadas. El oro, en cambio, te dan ganas de reunirlo todo y fundirlo en un único bloque. En principio, no es imposible. Un solo bloque. Es como dios: uno solo. Eso es lo que digo. Pero lo han esparcido por el mundo y una partecita la tengo aquí, en este cofre. Horas de inquietud, noches de inquietud. Solo aquel que no posee nada de oro en su casa puede dormir. Quizás ahora, por fin, logre dormir un poco. Setenta años sin cerrar los ojos. Ahora dormiré. Yo dormiré y ustedes permanecerán despiertos. Sí: mi oro los despertará, les arderá desde abajo en el colchón, como si estuvieran en una olla. Se llevan todo, le dan una ojeada al interior del cofre y luego lo guardan en una caja fuerte. Dentro de sesenta o setenta años lo miran otra vez, lo examinan y se lo pasan a sus nietos.

Pero nosotros, por supuesto, nos llevamos el oro de la abuela y a las corridas, casi a la velocidad del sonido, aterrizamos en el local del joyero más cercano. Se lo vendimos todo. Regresamos a casa con los billetes. Nos pusimos a contarlos, una y otra vez. Comenzamos a repartir el oro entre los nietos. Ya no era oro pero igual decíamos: “repartamos el oro”. Nos temblaban las manos. Oímos una voz en la escalera. Subía. Vine a ver cómo estaba mi oro, dijo a duras penas. Golpeó la puerta. Ábranne.—

Traducción del hebreo de Gerardo Lewin.